

Detrás del proceso migratorio, del movimiento de personas y de la recepción de las mismas, como queda de manifiesto en la historia y en la legislación actual, existen motivaciones concretas que deben ser analizadas desde unas perspectivas propias del tiempo y el espacio actuales.

Así, como se ha señalado, estamos asistiendo a un cambio profundo en la manera de pensar y de vivir, que no deja de presentar, junto a elementos positivos, también aspectos ambiguos. La movilidad implica siempre un desarraigo del ambiente originario, que se traduce con frecuencia en una experiencia de gran soledad, con el peligro de perderse en el anonimato. Los movimientos humanos implican múltiples posibilidades de apertura y encuentro, pero no se puede ignorar que suscitan manifestaciones de rechazo individual y colectivo, fruto de las mentalidades cerradas propias de sociedades llenas de temores.

Es una verdad que el flujo de inmigrantes va en aumento, tanto en Europa como en otras zonas significativas del mundo. Podemos encontrarnos dentro del fenómeno migratorio con una emigración local y con otra intercontinental. Unos llegan con ánimo de quedarse, huyendo de la pobreza, y otros con ansia de encontrar trabajo para vivir junto con sus familias. Las situaciones que viven son diversas pero tienen puntos de referencia comunes, como la amenaza de marginalidad y el rechazo social.

Hoy, en la Unión Europea, el número de extranjeros asciende a más de treinta millones. Sin embargo, la percepción y la realidad son mayores que las estadísticas. Entre 1980 y el momento presente, Europa se ha convertido en un continente de inmigración, aunque su legitimación se ha hecho esperar. La mentalidad europea inmigratoria había quedado aparcada en los años setenta después del gran movimiento intraeuropeo de personas, a pesar de la conciencia europea de haber sido un continente conformado por las emigraciones continuas de gentes llegadas por todas sus fronteras desde tiempos inmemoriales.

En la postura de Europa ante la emigración hay defectos básicos que plantean interrogantes éticos; por ejemplo, haber reducido el problema a la cuestión jurídica, legales o ilegales. A nuestro juicio, el lugar del conflicto migratorio del futuro se sitúa entre el norte y el sur de Europa: la geografía del Rin y del Mediterráneo, con sus influencias africanas.

Ángel Galindo García  
*Migraciones hacia Europa. En búsqueda de las razones primeras*